



Juan Villoro

**MATERIA DISPUESTA**

**INTERZONA**



Juan Villoro

**MATERIA DISPUESTA**



**INTERZONA**

## INTERZONA

---

Villoro, Juan

Materia dispuesta. - 1a ed. - Buenos Aires : Interzona Editora, 2011.  
280 p. ; 21x13 cm.

ISBN 978-987-1180-73-8

1. Narrativa Mexicana . 2. Novela. I. Título  
CDD Me863

---

Fecha de catalogación: 04/05/2011

© Juan Villoro 1996, 2011

© interZona editora, 2011

Pasaje Rivarola 115  
(1015) Buenos Aires, Argentina  
[www.interzonaeditora.com](http://www.interzonaeditora.com)  
[info@interzonaeditora.com](mailto:info@interzonaeditora.com)

Coordinación: Mariel Mambretti

Diseño de maqueta: Gustavo J. Ibarra

Diseño de tapa y composición: Hugo Pérez

Foto de tapa: Olivia Pierrugues

ISBN 978-987-1180-73-8

Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina*

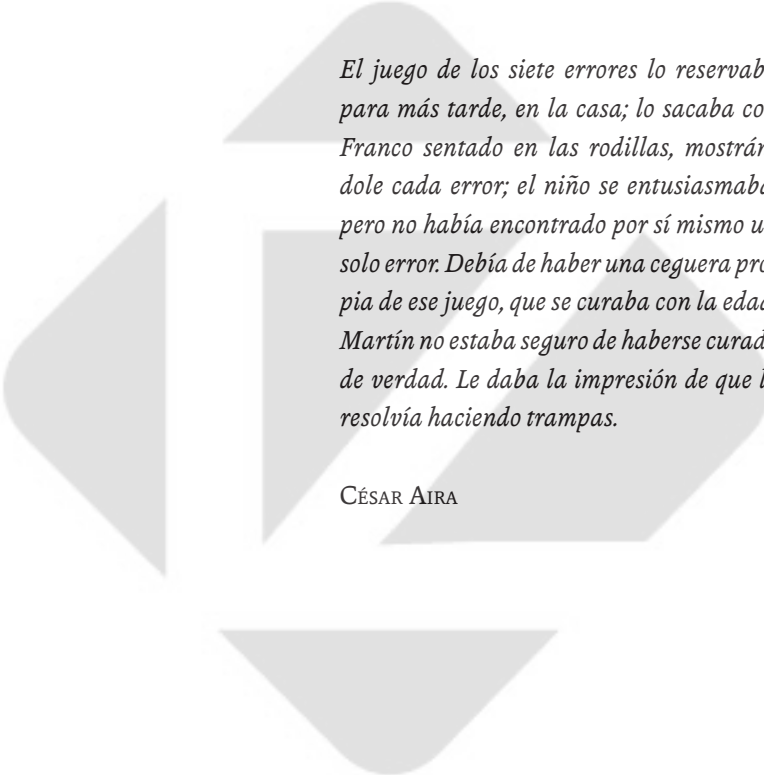
Libro de edición argentina

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.



*A Pablo Friedmann  
A la memoria de Xavier Cara*





*El juego de los siete errores lo reservaba para más tarde, en la casa; lo sacaba con Franco sentado en las rodillas, mostrándole cada error; el niño se entusiasmaba, pero no había encontrado por sí mismo un solo error. Debía de haber una ceguera propia de ese juego, que se curaba con la edad. Martín no estaba seguro de haberse curado de verdad. Le daba la impresión de que lo resolvía haciendo trampas.*

CÉSAR AIRA





## TOALLAS EJEMPLARES





Mi padre siempre usó el lado rasposo de la toalla. Si algo definía su carácter era la furia para frotar y admirar su carne enrojecida; el vapor se disolvía en el espejo, mostrando a un hombre joven (en mi primer recuerdo debe haber tenido 28 años), con la toalla firmemente atada a la cintura, satisfecho de los músculos que en su particular código de valores significaban “estar vivo”. Había que mantener el cuerpo en guardia, rascarse las sienes, darse un golpe estratégico en el pecho, usar agua fría.

En la casa las toallas se planchaban hasta lograr un efecto de prensado. Al desdoblarse hacían ruido, y con ese rumor empezó mi historia general del mundo. Ignoraba casi todo, pero no que hubo una civilización con las manías paternas: Esparta.

A los seis años recibí un inútil globo terráqueo y mi índice asalchichado trató de posarse en Esparta. En vano. La nación de las molestias edificantes, donde las manzanas se comían verdes, fue derrotada por tribus confortables.

—¿Y eso qué? —preguntó mi padre.

No me atreví a responder “eso demuestra que se equivocaron”. Para él los rigores eran un fin en sí mismos.

Supongo que me seguí bañando porque mamá suavizaba toallas secretas para ella y para mí. Crecí del lado opuesto, algo que en la esotérica valoración de las telas familiares significaba dejarse llevar por la vida fácil, ceder a las presiones y a los gustos plácidos. Mucha miel de abeja, mucha televisión, muchos cojines en el sofá.

Ante el espejo, mi padre se adoraba con una pasión casi mística. Me

cuesta trabajo encontrarle esa mirada en otras circunstancias; persigo el recuerdo de sus ojos en éxtasis y sé que corro el riesgo de inventarlo. Las formas de la memoria me recuerdan, de manera inevitable, a una esfera de dulces en la farmacia cercana a la casa. El aparato contenía caramelos redondos, de distintos colores. Con una moneda de veinte centavos se podían obtener tres o cuatro. Me gustaba localizar una bola roja en la pecera de cristal y verla descender rumbo a la boca del aparato, oprimida por las demás. En ocasiones, el dulce avistado llegaba a la cuenca de mi mano; sin embargo, ¿podía estar seguro de que se trataba del mismo que había escogido antes? Lo único cierto es que para obtener un dulce había que sacar otros. Algo semejante sucede con los instantes perdidos; a veces no llega el momento solicitado, o llega en compañía de otros; regresa en densidad, y al final resulta imposible saber si se trata del recuerdo auténtico o de su copia, trabajada por las manías del tiempo, las presiones de los demás instantes que pugnan por salir.

Como es de suponerse, mientras engordaba con los dulces de la farmacia no sabía que mi memoria se adiestraba en sus imposibilidades, en la azarosa contigüidad de los recuerdos.

Escojo la mirada de mi padre ante el espejo, y al girar la manivela, con los dedos pegajosos de otra hora, recibo algo que no solicité y sin embargo forma parte de ese orden.

Digo “toalla” y recupero los ojos encendidos de mi padre, pero en el lugar equivocado. El barroco desorden de ese instante no puede ser pospuesto.

Estoy en el jardín de una casa ajena. Soy un bulto que “juega” a ver hormigas. De pronto algo blando se desgaja en el pasto, un desmembramiento, un hormigüeo de tierra. Alzo la vista y los columpios se mecen solos. Me vuelvo hacia la casa y sé que va a venirse abajo. Lo único que me importa es morir adentro.

Subo las escaleras, abro una puerta de golpe y lo que veo coincide penosamente con algo que ya sospechaba y en esencia quería comprobar. Es difícil acomodar el exceso visual de la escena. Hay un traje

de charro en una silla, un corbatín tricolor se extiende sobre un tapete de peluche, junto a unas sandalias *cherokees*; el aire huele a cuero crudo, a vagas monturas. Las nalgas de mi padre son perfectas, redondas, rojizas. Con furia, con minuciosa exactitud, se hunde en la adorable Rita, a 6.3 en la escala de Mercalli. Sus ojos tienen un brillo acerado, ciego.

No advirtieron mi presencia, ni se enteraron del temblor. Cerré la puerta con cuidado. En el barandal de las escaleras descubrí el rastro de pulpa de tamarindo que dejé al subir.

La escena se me impone al barajar los años como la dura impronta de la que todo deriva. Sin embargo, fueron necesarias muchas cosas para llegar allí. Un enredo de suplantaciones, silencios, valores entendidos, me llevó a contemplar la intimidad ajena (la mayor cercanía no fue visual; más que los cuerpos, me asombraron sus impensables ruidos). En ese umbral, sin saber por qué, me sentí en total desventaja: gordo, sucio, incapaz de dejar de comer el hule con que forraba mis cuadernos, carne para las hormigas.

Pero tampoco quiero exagerar la fuerza del momento; aquella imagen no daba para un trauma profundo. ¿Entonces por qué me sentí tan mal? En principio porque el hombre que jadeaba era mi padre, pero más seguramente porque ciertas combinaciones exceden la mirada. Vi las plantas callosas de los pies, los dedos torcidos en la almohada, una flor de papel lila en el buró, los aditamentos de la mala hora. Eran pocos pero todos sobraban.

Hasta ese día nada me parecía mejor que acompañar a mi padre. Dos veces por semana íbamos al “cine”. Mamá detestaba las películas; le tenían sin cuidado los naufragios y los tigres de Bengala que los productores pudieran llevar a la pantalla, se desprendió de la pasión de la época como de un desierto incultivable. Por entonces Estados Unidos acababa de devolvernos un pedazo de país: El Chamizal, una franja seca, que a pesar de los discursos no valía gran cosa. Mamá nos legaba algo semejante, con el fastidio de quien concede poco: la vida exterior que llamábamos “cine”.

Su reino tiránico era la cocina y el refrigerador su Tabla de la Ley. La puerta blanca siempre tenía algún mandamiento bajo una fruta imantada. Por ejemplo: “La puntualidad es la cortesía del rey”.

Aunque mamá quería educarnos con sus mensajes, la verdadera pedagogía estaba dentro del refrigerador: recipientes envueltos en celofanes, papeles encerados, aluminios de diversos grosores. Alzar una tapa equivalía a profanar su disciplinado edén.

Me asombra que en ese clima yo comiera tantas grasas. Guardo una borrosa memoria de las mantequillas y los licuados, pero siempre estuve gordo, siempre fui el último en las carreras y el más visible en los escondites.

Como toda cabeza de seis años la mía era demasiado grande para el cuerpo. Pero además tenía una costra de goma. Bajo aquella coraza que en verano atraía a las abejas, supuestamente había un cerebro lleno de episodios cinematográficos. Sin embargo mi mente estaba en blanco. Jamás íbamos al cine.

—¿Cómo estuvo la película? —preguntaba mamá, por decir algo.

Yo inventaba una historia y ella picaba cebolla al primer muerto. Mi padre me acariciaba la nuca, en un gesto adicional de complicidad.

Pocas cosas se comparaban a la recompensa de sus dedos fuertes en mi pelo engomado. Con los años empecé a asociar el gesto con el del cazador que reconforta a su lebrél. De cualquier forma, mentir en forma convincente aún me trae esa delicia elemental, los dedos de mi padre, la confirmación de que somos aliados.

Nunca llevó a mi hermano Carlos en sus correrías porque temía que lo delatara. Carlos tiene un carácter impositivo, muy parecido al de mi padre; hasta la fecha, cree que se debilita al cumplir una voluntad ajena.

Aunque Rita fue la mejor, todas las amantes de mi padre hicieron conmigo su mejor esfuerzo. A saber qué extraña y convincente historia contaba él para incluirme en la relación. Yo era su pretexto para salir de casa pero ellas me besaban como si supieran algo más. Si íbamos a sus casas me preparaban sandwiches extradulces y si íbamos a un motel me dejaban en el coche con una batería de juegos de mesa.

En esos años estaban de moda las pelucas: mi padre tuvo una larga sucesión de rubias y pelirrojas que pudieron ser una misma castaña. Antes de Rita no amó a ninguna, o se amó de un modo parejo en todas ellas.

Mi amigo Pancho, con el que solía compartir muchas horas de suave olor a podredumbre en los lotes baldíos de la colonia, me dijo un aforismo improbable para sus siete u ocho años: “lo que te gusta le da nervios”. Lo escuché con la aguda y agria sensación de entender un misterio.

Mi padre tocaba sin nerviosismo a sus mujeres; en cambio, yo veía con pánico a Verónica; en la clasificación de Pancho, yo estaba más cerca de los agravios del amor.

Ante Verónica carecía de palabras. Sus tobillos flacos y sus calcetines vencidos me llenaban de apuros. Yo era una planicie. Una hoja en blanco. Una boca perdida. El que comía hule y estaba lleno de hormigas. En cambio, las pasiones paternas avanzaban con una intensidad sin sobresaltos, y esto me hacía quererlo más. Era firme, no le llegaban traidoras lágrimas a los ojos; estaba tan cerca de él que su egoísmo me parecía una forma de la protección. Cuando pronunciaba mi nombre al salir de casa sabía que cambiaríamos de mujer. “Mauricio” era el protocolo de una conquista. En las primeras citas repetía mucho el apodo que me puso en la cuna y que resultó una profecía: *Panza*. Lo decía como para que me acostumbrara a estar ahí, con la nueva pelirroja; luego me convertía en un testigo algo anónimo y llegaba el momento en que ellos eran tan naturales como si yo no existiera.

Apenas abandonaba a una mujer (nunca me constó que ocurriera lo contrario), mi padre podía olvidar su nombre (en cambio, yo llevaba un inventario en el que ya figuraban tres Susanas).

En una de las raras ocasiones en que sí fuimos al cine descubrí una de las fuentes de su conducta. Le dio cinco pesos al encargado de romper los boletos y pude ver una escena magnífica en la que una mujer desnuda muere por asfixia dérmica, el cuerpo cubierto de pintura dorada.

También recuerdo la función del teléfono para el héroe de la película. Después de resolver un caso de espionaje dormía con una mujer, pero lo decisivo era que una llamada de Londres lo sacaba de la cama: Su Majestad estaba en peligro y él tenía un motivo histórico para dejar a la rubia que empezaba a fastidiarlo. Tal vez yo cumplía un papel similar para mi padre. Era su llamada de Londres; el niño en la sala o en el estacionamiento servía como boleto de salida. En todo caso, la película me reveló el horror de que las mujeres siguieran existiendo más allá de cierto punto: extensas, húmedas, meritorias de la pintura de oro.

Nunca conocí la técnica con que mi padre rompía en forma definitiva con las mujeres. No vi llantos ni espasmos. Todas lucían contentas hasta el final y llegué a pensar, con helada objetividad, que las cortaba en el más literal de los sentidos. La imagen de mi padre como decapitador múltiple no me estorbaba gran cosa; correspondía a su hercúleo poderío, al círculo de fuerza que sería bueno mientras yo estuviese dentro.

Era yo quien extrañaba las uñas rosas de Katia o los perfumados sandwiches de Lorena.

Mi padre se recibió de arquitecto en 1957, el año de mi nacimiento. Entró a la década de los sesenta sin construir una sola casa; pasaba horas consiguiendo amigas en cafés que llamaba “existencialistas”, y usaba un suéter de cuello de tortuga negro que le daba el atractivo aire de un cura recién decepcionado.

Decir que sus amigas se vestían en forma “vistosa” es decir muy poco. Tal vez algunas de las muchachas que me acariciaban el pelo fueran putas; en todo caso, la moda obligaba a mostrar los muslos y el maquillaje admitía anémonas en los párpados (por lo demás, al menos en mi familia, el maquillaje excesivo nunca estuvo reñido con la virtud: la beata tía Amelia se pintaba como para salir en un mural de Orozco). Las mujeres “existencialistas” fumaban mucho, decían



“pendejo”, no para insultar, sino para darle ritmo a la conversación, y repetían obsesivamente la palabra “neurosis”. Eran de una edad movidiza entre los 22 y los 35, aunque ninguna se veía mayor que mamá (sus 28 años parecían responder a otro reloj).

Mi padre tuvo a su primer hijo a los 20, cuando estudiaba arquitectura y servía de contable en un almacén. Cuatro años después, fui concebido en una recámara llena de reglas T, planos de papel albanene y bolsas rosas con electrodomésticos a mitad de precio. En sus ratos libres, Jesús Guardiola revendía las licuadoras que le fiaban en el almacén. También le pedía prestado a personas que le siguieron cobrando cuando yo ya tenía uso de razón. Después de recibirse entró a un bufet en el que le confiaron remodelaciones de poca monta: cocheras para casas anteriores a la expansión automotriz. Me alimentó gracias a sus sueldos de contable, la reventa no siempre legal de aparatos y los préstamos que lo desprestigiaron durante una generación. Pero todo este esfuerzo servía de poco; en primer lugar porque el dinero llegaba a la casa menguado por los gastos de su vida paralela y en segundo porque mientras no edificara al menos una casa nada tendría sentido. Mamá estaba a su lado en espera de los muros que la protegieran y en cierto sentido la ubicaran en la vida; lo demás tenía un valor secundario. Hay que decir que su insistencia en la casa propia carecía de veleidades escenográficas, su mente era ajena a los lujos, el cultivado confort de las revistas de diseño, los colores del papel tapiz; amaba a su marido con una confianza de pionera: él alzaría la trabe, haría la chimenea, la puerta para salir al mundo.

Sin embargo, el arquitecto Jesús Guardiola tenía otros ideales; se irritaba con la toalla en las mañanas para buscar mujeres en la tarde. Todo en él tendía a la fricción. Jamás mereció el extraño elogio que la tía Amelia brindaba a los hombres: “es una dama”. Nunca entendí por qué nuestra pariente de párpados morados otorgaba género femenino a la caballerosidad extrema; lo cierto es que mi padre, más perfumado que mamá, no alcanzó aquella urbanidad de dama que la tía buscaba en sus favoritos.

Amelia fumaba sin tregua y sus colillas ribeteadas de carmín me daban asco. Al oír sus tacones de aguja en el vestíbulo huía a otros sitio, de preferencia con mi padre.

Me divertían las alternancias que complicaban mi vida sin mayor esfuerzo. Comparaba con cuidado a las amantes de mi padre pero no sentía atracción por ellas. Mi idea de la belleza femenina tenía que ver con el sufrimiento. Los ojos de Verónica eran maravillosamente tristes, como si estuviera presa ante un espectáculo que no deseaba atestiguar. Vivía a dos calles de mi casa y en un lapso breve –tres años a lo sumo– se fracturó dos veces la misma pierna y cayó de boca en el asfalto; el filo de la banqueta le limó los incisivos en un arco extraordinario que se acostumbró a acariciar con la lengua. Por ella supe que pocas cosas superan al defecto dental de una mujer hermosa. Verónica respondía a la incontrovertible verdad de ponerme nervioso. Estaba hecha para relumbrar entre fillos y amenazas. Nunca supe dónde le cortaban el pelo; un tajo cruel, humillante, un casquete en desorden, como si estuviera loca. Con la segunda fractura le pusieron un tornillo en el pie y por cinco centavos nos dejaba acariciarlo. Bastaba ver su rostro pálido, sus ojos negros, su vestido azul marino, de tela barata y gruesa, para saber que la iban a operar, que se rompería otro hueso, que perdería sangre, que amarla sería sufrir mucho.

Una tarde en que ella miraba la calle como si fuera lo más gris y húmedo del mundo, un pie anónimo pateó un balón con inclenencia. La pelota fue a dar al parabrisas de un coche que avanzaba sin prisa –lo recuerdo perfectamente, un Lyngam color betabel, con defensa cromada–; el conductor no supo lo que se le venía encima, trató de esquivar aquella sombra y se desvió violentamente hacia la izquierda. Vi la escena con la lentitud de las crueldades imborrables. El faro izquierdo del Lyngam, rematado por una fina aleta de metal, se acercó a Verónica. Un segundo después escuchamos otro golpe, muy suave.

A pesar de la lentitud con que el accidente se produjo ante mis ojos, tardé en armar la triangulación: para salvarse de un balonazo en esa calle sin autos el Lyngam golpeó apenas a Verónica (un milagro que la aleta de cromo no le entrara al rostro). Veo los detalles en su precisa confusión: la pelota que rueda y se moja en el charco dejado por el vendedor de jicamas y Verónica tendida en el asfalto. No gritó. Se quedó ahí, con los ojos cerrados.

Lo que siguió después fue como la vuelta a una película sonora (sólo entonces advertí que el pánico no tiene ruido): el aire atravesado por pasos, llantos, la petición de una ambulancia.

El hombre que la atropelló tenía un rostro destruido; con gesto automático se llevó la mano al bolsillo y sacó una cartera con documentos y billetes, en un gesto de rendición que nadie atendió.

Luego apoyó la cabeza sobre el techo color betabel y masculló: “hijo de puta”. Sabíamos que si de repartir culpas se trataba, el que pateó el balón saldría peor parado que el conductor, pero el hombre asumió con firmeza su conducta degradada, como si desde un principio supiera que entraba a esa calle a torcer su vida. La amenaza de un linchamiento lo hubiera aliviado más que la ignorancia que lo rodeó.

Al cabo de unas horas tuvieron que convencerlo de que se fuera. Dejó unos billetes en una mano equivocada y arrancó el Lyngam con pulso torpe. Lo vimos doblar en una curva donde crecía el maíz, a punto de embestir un caballo que pastaba hierbas largas. Necesitaba una desgracia mayor, algún desastre que lo hiciera detenerse y merecer su castigo, librarse de la maldita inocencia que dejó en nuestra colonia.

El padre de Verónica era un hombre de pelo pajizo y piel reseca, con un eterno traje café, de vendedor fracasado. Tenía la expresión fija de alguien hecho para trabajos fuertes y tragedias largas. Levantó a Verónica en vilo, sin derramar lágrimas ni preguntar por el dueño del balón. Se la llevó, como si cumpliera una condena premeditada.

Minutos más tarde oímos un alarido de mujer en su casa y platos que se rompían en el piso.

Unas semanas después me atreví a acercarme al coche de su padre, un modesto Eureka. Le pregunté por su hija. Me vio de un modo extraño, como si la culpa hablara por mi boca. Tal vez me vio igual que siempre pero sus pestañas amarillas me desconcertaron.

—Respira, pero no despierta —dijo.

No supe qué decir. Hubo una pausa lenta, llena de ruidos de moscas. Luego agregó:

—Sigue creciendo. Ayer la medí. Medio centímetro más. Estoy seguro.

Tal vez hubiera preferido que al perder el conocimiento, su hija dejara de crecer. Los dedos cada vez más largos, los zapatos que ya no le quedaban medían la vida que se iba.

Pasé horas imaginando sus cosas, sus muebles, sus ropas desmayadas; con indecible torpeza, pues conocía mal sus pertenencias y apenas captaba las variaciones entre una decoración y otra. En mi mente su cuarto se llenaba de triques con los que pretendía darle relieve; sillas y juguetes imperfectos que aguardaban el momento de volver a lastimarla.

Me sentaba en la banqueta frente a su casa, chupando un caramelo con curiosa intensidad, como si chupar me apartara del delirio.

Verónica me gustaba como tragedia. Ella afianzó mi aprecio por la belleza desmejorada. En los comerciales de remedios contra la gripe disfrutaba la parte negativa, cuando las modelos estornudaban con ojos hinchados, labios resecos, narices afligidas, voces rotas, infinitamente superiores a la banal alegría con que se aliviaban.

Amaba a Verónica como se ama un estilo, una abstracción dolorosa que se extendía en la cama. En esa época sólo me gustaba el cuerpo de los hombres.

Sería un facilismo psicológico atribuir esta tendencia al lado suave de la toalla; ningún cambio en mi formación hubiera impedido que me enamorara del dueño de la vulcanizadora, un hombre musculoso,

con el cuerpo cubierto de hulla. Usaba pantalón corto en un lugar donde nadie usaba pantalón corto. En las paredes renegridas de su local había un centenar de mujeres desnudas, de pechos rosados y nalgas enormes, muy distintas a las flaquitas que le gustaban a mi padre.

Podía pasar horas viéndolo martillar el aro donde colocaba los neumáticos, hundir cámaras de hule en cubetas de agua para probar si echaban burbujas, lamer con su lengua roja los sitios donde luego ponía un cemento espeso y brillante que parecía una condensación de su saliva. Sudaba mucho pero su piel seguía cubierta de tizne; el carbón se filtraba en su cuerpo como un tatuaje definitivo. De vez en cuando lo visitaban amigos y ejercía con ellos una camaradería perturbadora; les pasaba las manos por la cintura, les picaba el fundillo, les apretaba el pene. Ellos se reían mucho.

Una vez a la semana ponchaba adrede las llantas de mi bicicleta y entraba en ese cuarto que olía a sudor, a trabajo duro.

Por desgracia, la fascinación era relevada por el momento en que me preguntaba por “Francisco”. Todos le decíamos Pancho pero él le decía Francisco.

Un acontecimiento central de mi infancia fue crecer junto a un amigo que vivía para excitar al prójimo. No he conocido a nadie que ejerza una atracción tan unánime. A nuestro Vulcano le gustaban las mujeres expansivas que al entrar a un almacén escogían los vestidos con más flores (los sábados en la noche regresaba del brazo de una morena de vestido color piña, con hojas estampadas en las nalgas y los pechos). Pero también le gustaba Pancho.

Mi amigo no decía gran cosa al respecto. Idolatraba al vulcanizador por su recubrimiento de carbón, su aspecto fabuloso, escapado de un *comic*, de los planetas donde los guerreros usaban mallas.

Vivíamos en las afueras de la ciudad, donde el Anillo Periférico traicionaba su nombre y moría en un campo de pastos amarillos. Al fondo,

los cerros mostraban enormes letras de cal, las iniciales que un presidente mandó rubricar durante su campaña.

Nada resultaba tan fácil como ponchar las llantas en los campos que rodeaban la colonia (uno de los muchos misterios en la ronda de las civilizaciones eran aquellos pastizales llenos de clavos, como si nuestro fraccionamiento sucediera a una tribu de carpinteros nómadas). En las ruedas de mi bicicleta giraban cámaras llenas de parches rosas y azules. Vulcano se burlaba de mi torpeza y me pasaba su extraordinaria mano por la nuca (¡si hubiera sabido con qué astucia robaba el dinero para pagar sus preciadas y demasiado rápidas reparaciones!).

Ciertos lugares prometen cambios, sitios cargados de misteriosa inminencia; de un modo confuso, sabía que en la vulcanizadora iba a ocurrir algo que no tendría que ver con las llantas ni la lanza de hierro que desprendía los rines. Aunque anhelaba la camaradería con que el hombre de carbón jugaba con las nalgas de sus amigos, secretamente me resignaba a que la revelación no tuviera que ver conmigo.

Un viernes en la tarde Pancho me acompañó a reparar la bicicleta. El vulcanizador se lavaba las manos con cuidado, en una lata grande que había contenido leche en polvo. Se volvió hacia nosotros y nos pidió que bajáramos la cortina de metal. En vez de encender el foco desnudo que pendía del techo, prendió la hornilla que le servía para cauterizar hules. El cuarto era muy pequeño pero las sombras se alzaron como en una gruta infinita. En nuestras narices infantiles, afectas a los héroes entallados, el aire olió a carbones magníficos, a la oscura sustancia de los gigantes. Un calor saturado de fierros y acideces. Sin decir palabra, el vulcanizador se bajó el pantalón. Nos mostró el sexo, un sexo enorme y enrojecido de tanto acercarse a los fuegos. Pancho y yo nunca habíamos visto nada más hermoso. Aquella verga nos tenía hipnotizados. Sentí un vacío en el estómago, los labios me temblaban de pánico y fascinación, pero de nada sirvió tanto nerviosismo. Las manos gruesas acariciaron el pelo de Pancho y fue mi amigo quien posó sus labios impecables en el pene y lo chupó despacio, como si

## HISTORIA DE LA EQUIS







Rita enloquecía con los caballos; los jueves y los sábados apostaba en el hipódromo, su mascada favorita tenía fueles en miniatura, y en años no muy lejanos había participado en competencias de saltos. Además, frecuentaba el Lienzo del Charro. La asociación sólo admitía mujeres en celebraciones especiales, y Rita aguardaba esos días de equitación y folklor con el entusiasmo unificador que dedicaba a tantas cosas disímboles.

Fue ella quien convenció a mi padre de que se inscribiera al Lienzo, y no sé si calculó las consecuencias. Pese a su continua mención de los Altos de Jalisco, él no había mostrado una tendencia natural hacia las tradiciones ni los deportes rurales. Aceptó la idea de pertenecer al Lienzo porque Rita le consiguió cartas de recomendación firmadas por gente de “alto calibre” que no se podían tirar al basurreo: ese apoyo se agradecía como una orden.

Aprendió algunas suertes básicas y luego se limitó a ir a las fiestas. Aunque esporádicas, aquellas visitas al cortijo lo relacionaron con personajes extrañamente ávidos de influir en su vida. Desde la primera vez que fui con ellos, enfundado en un traje color café con leche, percibí el aire de cofradía. En la hacienda de muros encalados y baños con mosaicos de Talavera, donde las llaves de agua eran elegantes chorizos de porcelana, los charros se trataban de tú y se ofrecían una ayuda que ninguno de ellos parecía necesitar. En el pórtico –un arco rematado con tejas donde “Lienzo del Charro” estaba escrito en una caligrafía en forma de sogá– los miembros se saludaban con solidaridad de ejecutivos; resultaba difícil saber

quiénes eran amigos de mucho tiempo y quiénes se encontraban por primera vez; luego se sentaban en equípales de cuero, pedían una botana y hablaban de sus ropas con una coquetería sin freno—comparaban cinturones piteados, corbatines de seda, botones de hueso—. Supongo que ésa era su forma de refrendar valores entendidos; opinaban lo mismo sobre la familia, la religión y el Estado, y sólo disentían sobre la etiqueta charra o el efecto que las dos variantes fundamentales del tequila, la reposada y la blanca, tenían en la naturaleza humana.

Los coches en el estacionamiento y los choferes vestidos de funcionarios revelaban que los agremiados pertenecían a una clase muy superior a la nuestra; sin embargo, a mi padre le decían “Chuy” y “con todo respeto” le describían a Rita como si fuera una belleza que él desconocía. Fue ahí donde ella le presentó a uno de los arquitectos del bufet donde ahora trabajaba.

De mi primera visita recuerdo el pantalón que me apretaba, el olor a cuero en los cuartos y a humedad y estiércol en los patios, los platonos de barro pletóricos de dulces mexicanos, la capilla donde los charros comulgaban (llegamos muy temprano y sin embargo la misa ya acababa). Luego fuimos al cortijo donde las mujeres desfilaron en trajes de chinas poblanas. Rita llevó una prenda tan estelar que parecía escapada de un mural de Diego Rivera.

Hubo lances con sogas y un charro de brazos alarmantes infundió una tristeza general al someter a un novillo con brutalidad de levantador de pesas.

En la tarde se sirvió un bufet tumultuoso en el que se necesitaba media hora para llegar del mole a las tortillas.

Me llevé mi plato al estacionamiento. Aunque estábamos en plena ciudad, los charros favorecían camionetas de volteo, con llantas que hacían pensar en ríos crecidos y reses enlodadas. De lejos, llegaba el fragor de las trompetas y los alaridos del cuarto tequila. Oriné entre unos magueyes enormes, que me cubrían por completo; uno había floreado: vi el mástil amarillento.

Regresé despacio a la construcción donde los mariachis se escuchaban con repentina nitidez, como si cantaran en un ruedo desierto. Subí los escalones de baldosas coloradas y encontré un tablero con letras de plástico: “El espíritu mexicano, conferencia del arquitecto Jesús Guardiola, Salón Tapatío”.

La sala tenía aspecto de centro de convenciones; alfombra de yute y sillería con respaldos de plástico. Los charros y las chinas poblanas se abanicaban con papeles morados que, según me enteré después, informaban el cambio de domicilio del bufet donde trabajaba mi padre.

Me senté en el piso, en primera fila, entre las botas olorosas a vaca de un magnate (decidí sus ingresos al ver su anillo de oro con el calendario azteca). Mi padre subió a la tarima; llevaba el pelo en desorden por los ajeteos del día y esto le daba un aspecto atribulado, a la manera de un virtuoso del violín. Habló de pie, sosteniendo el micrófono en la mano derecha, con apostura escénica. Sus ademanes dependían de la mano izquierda: cortaba el aire como un anticipo de los ladrillos de adobe que prometía su boca.

No recuerdo las palabras pero sí la corriente de energía que circulaba entre él y el auditorio; su elocuencia seducía por el ritmo y por sus ojos, que confiaban mucho en la distancia, el horizonte donde se edificarían sus anhelos. Era tan articulado que parecía hablar de otra cosa, de algo tan cercano que no hacía falta mencionar; su voz sobrecojía como una tristeza buena e indefinible, un rumor nuestro, un silbido que se pierde en el altiplano, entre la tierra llovida. Así recuerdo esas palabras evanescentes, mi padre nos hizo sentir muy solos, emocionados de tocar el polvo con las manos, recoger piedras, levantar la casa. El auditorio lo escuchó como si fuera un gurú del espacio mexicano; al final de su discurso, “adobe” quería decir “patria” y “azul añil”, “nosotros”.

Hubo una ovación que compartí con total oportunismo. Mi padre me subió al estrado y alcé una mano para demostrar que nuestro éxito

era rutina, pero produjo un nervioso movimiento de mecanógrafo. Desde ahí vi a un colega de mi padre, el arquitecto que lo llevó al bufet, compartiendo las felicitaciones en la puerta de salida.

Sólo entendí el alcance de esta prédica cuando el hombre que llevaba el calendario azteca en el índice saludó con aspavientos a un calvo de corbatín color perla que apenas le dirigió un parpadeo.

El calvo miraba como si los demás fueran paisaje. Sólo fijó la vista en mi padre:

—Tenemos que amarrar una cita —le dijo. Su boca dibujó una sonrisa de triunfo, como si mi padre esperara la cita desde su nacimiento.

—Hombre, licenciado... —mi padre trató de aplacarse el pelo.

—Benjamín, para los cuates —el calvo detuvo la mano en el hombro de mi padre, con afectuosa cautela. Vi sus uñas manicuradas.

—Benja es divino —comentó Rita.

—Te espero por mi changarro.

Las palabras “cuates” y “changarro” salieron de aquella boca como regalos carísimos.

Benja se dirigió al fondo de la sala. Aun después de que salió, varios charros siguieron viendo la puerta. En aquel ambiente de amistades impulsivas, resultaba extraña la admiración que rodeaba al calvo.

Me sorprendió que sólo fuera subsecretario de Obras Públicas.

—¿No ves que maneja un presupuesto mayor que el de Costa Rica? —explicó mi padre en el camino de regreso, con una enjundia que casi nos estrelló contra un trolebús.

En casa de Rita me mandaron al piso de arriba. Bajé a gatas, oculto por el borde de la escalera. A esa hora, el vitral era un filtro violáceo. No encendieron la luz.

Mi padre le preguntó por Benjamín Gutiérrez Pool.

—Lo conocí en Nogales, cuando era muy chamaca.

Benja y Rita eran paisanos. Él siempre la había apoyado; la apadrinó para que participara en un concurso de belleza, le consiguió

un puesto en el ballet folklórico del Estado, la conectó con la gente de Aeroméxico.

—Los retratos, ¿los mandó hacer él?

—Eso fue hace siglos...

No vi lo que hizo mi padre pero ella gritó “Jesús” en un tono totalmente profano.

Luego escuché el tintineo de las licoreras. Bebieron en silencio; imaginé a mi padre rascarse el pelo y a Rita en su ballet, meciéndose como una lánguida tehuana.

Quizá me dormí un rato, el caso es que, de un modo inconexo, escuché que ella decía “por nosotros” y mi padre, sin ceder del todo, contestaba “por Mauricio”. Mi nombre selló las paces y le dio a sus propósitos un tono de valores profundos, de herencia irrenunciable.

Tal vez por eso a los pocos días me pidieron que los acompañara a la oficina privada del subsecretario de Obras Públicas.

Benjamín Gutiérrez Pool recibía en una casa de San Ángel, circundada de un enorme jardín. Hicimos antesala en sillones de cuero guinda y un mozo de librea nos ofreció “un whisquicito” extraño a las once de la mañana. En la mesa de centro había un caballo de plata y en las paredes serigrafías que mi padre contempló con aprobación (un coyote aullándole a la luna, una reunión de sandías). Los gustos públicos de Gutiérrez Pool diferían mucho de los retratos que encargaba para sus amigas.

Aunque debíamos sentirnos honrados de estar en el sitio donde el subsecretario despachaba los asuntos “fuertes”, que se resolvían “en corto”, las dos horas de espera demostraron que podíamos ser afines pero no urgentes. Me torcí el cuello ensayando posturas para dormir en los sillones. Cuando abrí los ojos supe que me había perdido la entrevista: mi padre y Rita salían de la junta. Me concentré en los zapatos del licenciado, tan brillantes que sospeché que mi padre había entrado a darle lustre.

## ÍNDICE

TOALLAS EJEMPLARES	11
HISTORIA DE LA EQUIS	49
EL BELLO DURMIENTE	77
ÚLTIMO SAFARI	109
EL MATERIALISTA FANTASMA	149
EL JARDÍN REGULADO	189
LAS PIELES INFRARROJAS	233

¿Disfrutaste el libro que comenzaste a leer?

Podés adquirirlo en [www.interzonaeditora.com](http://www.interzonaeditora.com) y en cientos de librerías.

Gracias por apoyar con tu lectura y recomendaciones este proyecto editorial.

**interZona** es una editorial literaria independiente fundada en Buenos Aires en 2002 que se ha convertido en uno de los espacios de publicación más innovadores y reconocidos de Latinoamérica por la diversidad de autores y de títulos que publica.

En **interZona** verán reunidos a escritores noveles con otros ya consagrados; a los de habla hispana con los de otras lenguas; a los poetas con los ensayistas, los dramaturgos y los novelistas; en suma, a todos aquellos que hacen posible una conversación de voces múltiples, desprejuiciada, vivaz, arriesgada, pero siempre orientada por el estilo y la marca de calidad con la que intentamos perfilar nuestra línea editorial.

# INTERZONA